

esta especie. — En una palabra, hemos adquirido el firme convencimiento de que queriendo impedir al emperador formar bajo su cetro un reino de Polonia trabajamos en contra de nuestros propios intereses, ya por los motivos que acabo de mencionar, ya porque nos privamos del mejor medio para entablar negociaciones acerca de las fronteras. Decidámonos, pues, á declarar sin rodeos al emperador que, renunciando al artículo secreto de 26 (15) de enero de 1797 (1), consentimos en el restablecimiento de un reino polaco separado del imperio ruso, que abarque todas las antiguas provincias polacas de Rusia y que reciba una Constitucion especial, con tal que se nos concedan para nuestro territorio unas fronteras que nos satisfagan y que se nos garanticen nuestros territorios polacos. Yo no extenderia nuestras pretensiones territoriales mas allá de la línea de lo anteriormente exigido. Austria ha declarado nuevamente que se contentaria con Cracovia, con el territorio que se extiende hasta el Nida y con el círculo de Zamosc, y aun respecto de este último no insiste tanto como sobre lo demás; Prusia ha pedido á Thorn y la línea del Warta (2).» Pedir entonces mas era tanto menos oportuno cuanto que no se poseía medio alguno para obligar á Rusia á una cesion que espontáneamente no quisiera hacer. Rusia tenia 250,000 hombres situados entre el Vístula y el Warta y además un ejército de 60,000 en Holstein á las órdenes de Bennigsen. Dada la extenuacion general de los gabinetes y de los pueblos, era insensato pensar en una guerra universal por la cuestion de Polonia, y Prusia sobre todo, que aun no poseía la Sajonia, no podía en modo alguno pensar en una guerra para mejorar sus fronteras polacas. Hasta la idea de una protesta debia ser rechazada como medida contraproducente, puesto que siempre produciria disidencia y alejamiento.

Este era al fin el verdadero lenguaje de un hombre político que sabia lo que queria y que no se engañaba á sí mismo con frases y esperanzas vanas. La mayor parte de los errores políticos dimanaba casi siempre de que al tener que elegir forzosamente entre varios males de distinta magnitud, ó se desperdicia el momento en que la eleccion puede hacerse todavía con libertad ó se malogra esta eleccion por confundir el mal aparentemente mas pequeño con el que lo es en realidad. En el caso presente habian sido elegidos con acierto el momento y el camino, y de que habia habido tal acierto pudo convencerse con gran sorpresa suya Hardenberg viendo la conducta de Metternich. Con su acostumbrada candidez envió á éste en 9 de noviembre su «memoria confidencial» del día 7, escribiéndole al propio tiempo la siguiente carta: «Ahí va, mi querido príncipe, una memoria confidencial sobre nuestros desdichados asuntos polacos, que contiene la narracion de mi última conferencia con el emperador Alejandro y mi opinion, y que he remitido también á lord Castlereagh. Meditad profundamente sobre el dilema enfrente del cual nos encontramos: no se ha presentado nunca otro alguno mas trascendental para Europa y para Austria y, especialmente, para Prusia. Mi conversacion con el emperador, la nueva carta y la nueva memoria de lord Castlereagh son otros tantos incidentes ocurridos desde la última nota oficial que me habeis enviado (3). Antes de contestar á ella he preferido entenderme confidencialmente con vos. La cuestion estri-

(1) Véase anteriormente.

(2) Hasta aquí viene inserto el documento en Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 406-408. En el original, del que tengo á la vista dos copias, una del Archivo del Estado, de Londres, y otra del Archivo del Estado, de Viena, siguen luego trece páginas, respecto de cuyo texto bastan algunas breves indicaciones.

(3) Se refiere á la de 2 de noviembre. Véase Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 379-308.

bará en ver qué efecto producen los mencionados incidentes, en prever todas las contingencias que puedan ocurrir y quizás en emprender otro camino que el de la intervencion de lord Castlereagh. Sobre este punto resérvome hacer verbalmente indicaciones mas concretas, y hasta entonces creed que ningun chisme podrá engendrar suspicacias en nosotros. Continuémos obrando juntos leal y francamente. Quizás considerareis mi memoria á propósito para hacer de ella mencion en el consejo de ministros de que me habeis hablado y para leerla á vuestro ilustre soberano.

»Todo vuestro de alma y corazon: — *Hardenberg.*

»Viena, 9 de noviembre de 1814.»

A esta carta contestó Metternich con otra fechada en 12 de noviembre, en la que manifestaba el sentimiento del emperador por haber visto que la opinion de Prusia diferia en muchos puntos esenciales de la suya y que, por tanto, se hacia de todo punto imposible una accion comun de las tres potencias contra Rusia. Añadia que en definitiva se llegaba, sin embargo, al resultado de que á consecuencia de los últimos pasos dados cerca del emperador Alejandro, lord Castlereagh mas bien serviria de apoyo que de mediador en lo referente á lo con él convenido, y el mismo emperador de Austria solo podia desear que el gabinete prusiano se encargara de averiguar las intenciones definitivas del emperador Alejandro respecto: 1.º, de las fronteras que queria señalar á sus nuevas adquisiciones en el ducado de Varsovia; 2.º, de la calidad y extension de los compromisos políticos y militares que queria contraer para limitar la influencia de Rusia sobre un reino polaco constitucionalmente unido bajo un mismo cetro; 3.º, de las seguridades que queria dar á Prusia y á Austria en punto á la unidad política de sus antiguos territorios polacos (4).

Por aquellos mismos dias en que se sostenia esta correspondencia se habia hecho la entrega de la administracion de Sajonia á Prusia, y el príncipe Replin, que hasta entonces habia gobernado como regente general ruso de Sajonia, en nombre del consejo administrativo central para los países conquistados, manifestó en una «declaracion oficial» que este paso se fundaba en un convenio ajustado entre Rusia y Prusia con el asentimiento de Austria y de Inglaterra, «en virtud del cual la union de Sajonia con Prusia habia de ser inmediatamente notificada de una manera formal y solemne (5).» El día 10 de noviembre «el gobierno general real prusiano de Sajonia,» compuesto del ministro de Estado Reck y del general Gaudi, declaró: «Que en virtud de un convenio ajustado entre las potencias aliadas, la posesion y la administracion del reino de Sajonia, hasta entonces ejercidas por funcionarios imperiales rusos, pasaban á S. M. el rey de Prusia (6).»

El asentimiento de Austria y de Inglaterra se referian, segun hemos visto, únicamente á una incaucion provisional de la administracion de Sajonia por Prusia. La conducta que definitivamente adoptaron aquellas dos potencias en este asunto dependió del curso ulterior de la negociacion que el príncipe Hardenberg siguió desde el día 3 de noviembre con el emperador Alejandro, y que por consecuencia de una enfermedad de algunos dias que sufrió éste se dilató por algun tiempo.

El día 24 de noviembre escribió Hardenberg á Metternich en los siguientes términos: «Querido príncipe: Me dirijo á

(4) Ambas cartas en los archivos de Viena.

(5) El texto de la declaracion se encuentra en Kluber: *Actas del congreso de Viena*, Erlangen, 1815, tomo I, cuaderno 2.º, págs. 6-7. La última parte de la misma es una paráfrasis del texto del convenio secreto de 21 de setiembre. Véase anteriormente.

(6) Kluber: *Actas*, etc., tomo I, cuaderno 2.º, págs. 9-10.

vos para decir que tengo sobrados motivos para estar satisfecho de la larga conferencia que anoche celebré con el emperador Alejandro; S. M. me prometió hacerme saber mañana mismo sus contra-proposiciones.» En la noche del propio 23 de noviembre Alejandro habia recibido no solo á Hardenberg sino también á Metternich, y uno y otro habian puesto inmediatamente á Castlereagh tan al corriente de lo ocurrido en la entrevista, que éste pudo escribir el día 25: «Por el príncipe Metternich he sabido que el emperador se ha expresado en términos muy conciliadores y ha manifestado el deseo de llegar á una inteligencia. La conversacion versó sobre generalidades, porque el príncipe Metternich procuró no tocar los puntos litigiosos, habiendo como habia confiado al príncipe Hardenberg la negociacion sobre estos puntos. Aquella misma noche el ministro prusiano habia también celebrado una conferencia con S. I. M. Como mi deseo era mezclarle lo menos posible en esta negociacion, evité preguntar directamente al canciller, el cual, sin embargo, me mandó á decir por el conde Munster que habia salido muy satisfecho de la entrevista que anoche tuvo con el emperador de Rusia. S. M. escuchó muy tranquilamente la descripcion que le hizo el canciller de Estado de las consecuencias de la guerra que mas ó menos tarde estallaria necesariamente si Rusia no renunciara á una parte de sus planes polacos. Alejandro insistió en que deseaba la tranquilidad de Europa y dijo que no dudaba de llegar á una inteligencia amistosa con sus vecinos.» El día 2 de diciembre pudo, por fin, Hardenberg hacer públicas las contra-proposiciones del emperador Alejandro, que habia recibido, no de manos del propio emperador, ni siquiera del conde Nesselrode, sino de dos hombres que entonces no desempeñaban cargo alguno oficial cerca de dicho soberano, á saber: el príncipe polaco Czartoryski y el ex-ministro prusiano baron Carlos de Stein. Hardenberg, en una nota dirigida en 2 de diciembre á Metternich, transcribió la decision del emperador Alejandro, que decia: «A condicion de que Sajonia sea cedida en su totalidad á Prusia y que Maguncia sea declarada fortaleza confederada alemana, S. M. renuncia á Cracovia y á Thorn, y consiste en que estas dos ciudades juntamente con las anseáticas sean declaradas ciudades libres y vengan á ser repúblicas independientes y neutrales.» Hardenberg añadia á esto elocuentes observaciones acerca del derecho que tenia Prusia no solo á recobrar su antiguo poderío, sino también á pedir un aumento de territorio, como lo habian pedido, y en su mayoría logrado, Rusia, Austria, Holanda y Baviera. Y aun cuando la Sajonia, cedida en su totalidad, significaba ya un aumento, no estaba éste en proporcion con las ventajas que otros obtenian, gracias á la cohesion territorial, pues siempre quedaba Prusia extendida por la línea inmensa que iba desde el Niemen hasta el Mosa. Prusia estaba dispuesta á dar al rey de Sajonia como indemnizacion en Westfalia las ciudades de Munster y Paderborn con sus alrededores, que abarcaban una poblacion de 350,000 católicos; á no fortificar nunca la plaza de Dresde y á ceder al Austria un trozo de la alta Silesia con 143,000 almas. Además, con renunciar en pro de la ya favorecida Baviera á la cuna de los reyes bávaros, es decir, á Ansbach y Baireuth, y con proponer la cesion de Maguncia, cuya fortaleza seria ocupada como fortaleza confederada por Austria y Prusia, al gran duque de Hesse Darmstadt, hacia Prusia mas de lo suficiente para demostrar su desinterés respecto de la Alemania del Sur. Hardenberg calculaba, finalmente, que la nueva Prusia, despues de sus proposiciones, junto con la Sajonia no tendrian mas allá de 9.803,230 habitantes, sin contar con lo que le correspondiera del ducado de Varsovia. «Es evidente que Prusia piensa engrandecerse menos que cualquiera otra potencia. Está nacion

desea, á ser posible, no tener una frontera comun con Francia (1), porque siempre será relativamente débil en el Rhin; quiere ponerse en condiciones de poder tender su mano á los Países Bajos y, sobre todo, tener en un punto por lo menos un conjunto de territorios unidos que puedan rápidamente acudir al auxilio de las partes lejanas. ¿Podrá tacharse de crimen este deseo?»

Con la entrega de este documento se relacionó una conversacion sostenida aquella misma noche del 2 de diciembre, conversacion en la que Metternich dijo á Hardenberg que si Prusia hubiera permanecido unida á Austria y á Inglaterra, hubieran podido conseguir de Rusia cuanto hubiesen querido y que la posteridad no les perdonaria nunca haber desperdiciado esta ocasion de encerrar á Rusia dentro de sus verdaderas fronteras, teniendo como tenian en su favor á toda la Europa. A esta censura tan injusta como poco noble contestó Hardenberg el día 3 de diciembre con una carta concebida en términos muy enérgicos y en cuyo final se dejaba, sin embargo, llevar de su sentimiento. En ella decia, con razon, que Prusia habia usado el mismo lenguaje que Austria, la cual no se habia nunca expresado con mas firmeza y energía que ella ni habia manifestado nunca de una manera positiva lo que queria, y que aunque Inglaterra habia intervenido activamente en el asunto, nada habia podido conseguir. «¿Qué mas hubiera podido pedir Prusia sin ponerse en contradiccion consigo misma? Añadia que Cracovia y Zamosc, con sus alrededores, Thorn y el Warta, eran desde hacia mucho tiempo las fronteras que los aliados habian exigido; que una mayor exigencia, como por ejemplo la de las líneas del Vístula y del Narew, hubiera constituido ciertamente una frontera militar mejor, pero ya no podia volverse sobre ello despues que se habia cedido mucho mas, debiendo haberse convenido esto en Reichenbach, Praga y Teplitz. Seguia diciendo que todo cuanto despues de lo ocurrido podia pedirse, habia sido pedido, aunque evitando en el lenguaje el tono amenazador, que sin beneficiar para nada hubiera perjudicado en mucho. «Dadme, querido príncipe, los medios necesarios para variar el estado de cosas en que desgraciadamente nos hallamos; salvad á Prusia de su actual situacion. Esta nacion no puede consentir en ser la única que salga humillada y debilitada de esta terrible guerra en que tan heroicos esfuerzos ha hecho, mientras todos, sí, todos, se engrandecen, redondean sus dominios y aseguran sus posesiones gracias, en su mayor parte, á esos mismos esfuerzos. No se le puede, pues, exigir con una sombra siquiera de derecho que haga tan doloroso sacrificio únicamente para dar satisfaccion á los demás. Antes volverá á jugar el todo por el todo. Vuestro ilustre soberano es la rectitud, la sinceridad, la justicia mismas. A él apelo; presentadle estas consideraciones y las que yo ayer os dí y contestadme pronto.»

Hasta aquí, la carta de Hardenberg estaba escrita en francés, pero luego continuaba en alemán, añadiendo:

«¡Huye, discordia, huye de nuestra comarca! ¡Aparta, Monstruo, con tu cabellera de serpientes!

En el mismo roble colosal anidan

El águila doble y el águila negra.

¡Que en lo sucesivo en todo el imperio alemán

No haya sino una palabra y un sentimiento, guiados por aquella pareja!

Y donde quiera que resuenen los sonidos del idioma alemán

Florezca solo un imperio, el de la fuerza y de lo bello.»

(1) Era esta una base sobre la cual se habian ya puesto de acuerdo en París los hombres de Estado y los generales prusianos antes de que se firmara la paz. En un protocolo fechado en París en 29 de mayo de 1814 se dice: «Los que suscriben parten del punto de vista de que es mejor no poner á Prusia en inmediato contacto con Francia.» Los que firman son: Hardenberg, Humboldt, N. de Gneisenau, Kneselbeck, Boyen y Hoffmann. Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, t. IV, págs. 696-697.

»No he podido menos de consignar aquí estos versos que he encontrado por casualidad. ¡Ojalá que sean el lema de nuestra Constitución alemana para bien de Europa, de Austria y de Prusia. — Todo vuestro.»

El autor de esta carta creía en la buena fe de Metternich y por esto descubría su propio punto vulnerable, que á los ojos del diplomático austriaco debió de parecer ridículo; mas á pesar de ello, en la primera parte de la epístola había sabido defender con razones contundentes el perfecto derecho de su Estado y la conducta hasta entonces seguida, y desde el momento en que el mismo Metternich le hizo descender de las celestes alturas de sus ilusiones demostró no escasa energía.

El día 10 de diciembre, el príncipe Metternich le envió la contestación en forma de nota, cuyo contenido hubo de afectar profundamente á Hardenberg, quien al día siguiente volvió á escribirle en estos términos: «La carta con que V. A. me honró anoche contiene respecto de Sajonia proposiciones tan inesperadas, tan directamente contrarias á todas las discusiones tenidas, hasta ahora, así verbalmente como por escrito, y especialmente á la carta oficial que en 22 de octubre me dirigisteis, añadiendo que la habíais escrito por encargo de S. I. M. apostólica, lo propio que la que de vos recibí aquel mismo día lord Castlereagh; estas proposiciones, digo, son tan opuestas á las ideas por vos expuestas delante de mí hasta el último momento y que tendían únicamente á aconsejar que se dejase al antiguo soberano de Sajonia una parte de este país como medio de arreglarlo todo para la satisfacción de todos; están, por último, en tan abierta contradicción con las protestas de amistad que vuestro ilustre soberano se complace en hacer al mío, que me veo en la necesidad de pedir órdenes concretas á S. M. antes de entrar en nuevas discusiones con V. A.»

La agitación de Hardenberg estaba perfectamente fundada. Para la reconstrucción de la monarquía prusiana había concebido un proyecto algunos de cuyos detalles irán conociendo nuestros lectores, y del cual saben ya éstos perfectamente que se basaba enteramente en la anexión de toda la Sajonia. Con esta promesa, que en febrero de 1813 le había hecho verbalmente el emperador Alejandro, habíase consolado Hardenberg durante la guerra de todos los desengaños y contrariedades. Al cumplimiento de esta promesa, en virtud del convenio de 28 de setiembre y de la entrega del territorio realizada el día 8 de noviembre, aferrábase Hardenberg cuando hizo la evolución necesaria en la cuestión polaca esperando que á lo sumo Austria le propondría que se dejara al rey de Sajonia una quinta parte del país, que podía calificarse de núcleo en el sentido de la nota de 22 de octubre; pero en vez de esto, proponía á la sazón Metternich que se dejaran al rey de Sajonia las cuatro quintas partes de su reino, pasando á Prusia únicamente la quinta (unas 432,400 almas), y se hacía esto invocando la pretensión categórica de Francia y la declaración resuelta «de las potencias principales de Alemania (1)» de que no entrarían nunca en una confederación alemana mientras su seguridad quedara amenazada por la anexión de uno de los principales Estados de Alemania á una de las grandes potencias llamadas á defender á la patria común. Al frente de estas «potencias principales alemanas» figuraba Baviera, cuya actitud dentro de la comisión tendremos ocasión de ver. De modo que por mandato de Francia y de la antigua confederación del Rin pe-

(1) Esto se refería á una nota de algunos príncipes alemanes de segunda y tercera fila que pedían el mantenimiento de Sajonia, nota que entonces se estaba preparando y en la que se decía: «Sin una Sajonia libre é independiente no puede existir una Confederación alemana duradera.» Véase Pallain: *Corresp.*, pág. 175.

dia Metternich que Prusia renunciara á un derecho contra el cual hasta entonces había abrigado, en efecto, algunos temores, pero no opuesto una resistencia tan enérgica y basada en tales fundamentos como la que en aquel momento oponía. En cuanto á la cuestión polaca, hablábase de ella con tanta frialdad é indiferencia como si todas las notas de lord Castlereagh no fueran mas que sordos ecos que habian de darse al olvido. A la ulterior mediación de Prusia se recomendaba la cuestión de las fronteras y á la «atención» especial de la misma la cuestión constitucional, añadiéndose que en una y otra el Austria solo podía formular «deseos» pero no imponer condiciones (2). Si todo esto era realmente lo que se sentía, bien pudieran haberse ahorrado el estrépito de la cuestión polaca, la cual para los unos, es decir, para los que pensaban noblemente, era una precipitación, y para los otros, ó sea para los desleales, era una farsa representada á fin de separar á Prusia de Rusia, quitándole el único aliado que le había garantizado la posesión de Sajonia. Entre estos últimos se encontraban Metternich, Talleyrand y Wrede. Estas dos circunstancias bastaban para explicar la apasionada agitación de Hardenberg, pero aun había otra, y era la de que la contra-proposición de Metternich señalaba como indemnización principal para Prusia un territorio de la orilla izquierda del Rin con 1.313.000 habitantes, que, siendo el núcleo de la parte izquierda del Rin de la actual provincia rhenana, hacia de Prusia el vecino fronterizo inmediato de Francia, cosa que Hardenberg quería evitar á toda costa, se gun hemos visto y tendremos ocasión de ver mas detalladamente en lo sucesivo.

Hardenberg dió inmediatamente á leer la nota de Metternich al emperador Alejandro, el cual habló de ello al austriaco la primera vez que le encontró, que fué el día 11 de diciembre, lo cual movió á Metternich á dirigir á Hardenberg aquella misma noche un billete escrito á las nueve y concedido en los siguientes términos: «Recordareis bien, príncipe, que convinimos en tener secreta nuestra correspondencia. El emperador Alejandro afirma que ha leído la carta que ayer tuve el honor de enviaros. No creo que esto sea una verdad, pero es para mí de gran importancia saber á qué atenerme sobre este particular.» La respuesta que obtuvo le indujo á presentar al emperador una memoria cuyo interesante texto nos ha sido conservado. Está fechada á las dos de la madrugada del día 12 de diciembre y dice así:

«Señor: El canciller de Estado Hardenberg ha comunicado realmente al emperador Alejandro mi carta de ayer. En vista de esto, he examinado toda la correspondencia y consultado el caso con lord Castlereagh, siendo ésta la primera vez que con éste hemos estado de acuerdo en que la publicación de toda nuestra correspondencia solo puede reportarnos ventajas, al paso que ha de ser tan funesta para el canciller de Estado que no podemos darla á luz sin romperle personalmente el cuello. Tomo simplemente de la primera carta del canciller, la que inauguró nuestra correspondencia, el siguiente párrafo: «*Des que vous m'aurez donné, — cuestiones puramente prusianas, — j'entrerai avec vous — la Pologne* (3).» A esta proposición contestamos diciendo que no tomábamos la cuestión polaca como objeto de las compensaciones, sino que enlazábamos la cuestión sajona con las instituciones de Alemania y con las generales. He invitado al canciller de Estado á una cita con lord Castlereagh; en ella haremos de la situación falsa en que se ha colocado un objeto de negociación, y si bien he alcanzado de V. M. la orden de dirigirme al emperador ruso con mi correspondencia, nada gana-

(2) La nota íntegra en Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 505-510.  
(3) Véase la carta de 9 de octubre.

ríamos con romper el cuello al canciller de Estado, pues el que vendría detrás de él aun sería peor.»

Antes de esta entrevista, la nota de Metternich de 10 de diciembre había producido en el ánimo del emperador Alejandro un resultado que no sospechaba Hardenberg y que no fué conocido hasta hace algunos años. Refiere Talleyrand en una memoria de 15 de diciembre (1) que del párrafo de aquella nota en que se hablaba de una reclamación categórica de Francia contra la anexión de Sajonia debió deducir el emperador Alejandro que se había firmado ó estaba á punto de firmarse entre Austria y Francia un convenio, pues que inmediatamente le envió al príncipe Czartoryski para decirle que se uniera á los deseos de Rusia en la cuestión sajona, que despues esta nación le ayudaría en la cuestión de Nápoles cooperando á la destitución de Murat. Esta proposición había sido hecha ya personalmente por el emperador Alejandro, pero á la sazón resultaba mas atractiva gracias á la adición en la que se consignaba que Alejandro estaba dispuesto á renunciar á la anexión de toda la Sajonia á Prusia y aceptaba la conservación de un «núcleo» (*noyau*) para un reino de Sajonia. Hasta entonces el emperador Alejandro, ni mas ni menos que si fuera un prusiano neto, no había querido oír hablar de una división de Sajonia, dando siempre como razon fundamental para ello que en contra de esta mutilación estaba la voluntad terminante de los sajones que querían ser ó todos sajones ó todos prusianos, pero en manera alguna consentir en que su país fuese dividido en dos. Desde el 10 ó el 11 de diciembre, Talleyrand supo que Alejandro se había reconciliado con la idea de una división de Sajonia. Respecto de la entrevista que, segun la anterior memoria, tuvo Metternich con Alejandro, sabemos que éste habló «con muy poca insistencia» de la anexión de Sajonia (2). Así se lo comunicó inmediatamente Metternich al canciller de Estado, el cual se consideró por todos lados vendido y apeló directamente á la conciencia del emperador; éste, á su vez, acusó á Metternich de haber falseado sus palabras originando con ello la desavenencia y llegó hasta avistarse con el emperador Francisco, á quien manifestó que estaba decidido á desafiar á Metternich para vengar la afrenta que personalmente le había hecho (3). El desafío, como es de suponer, no se verificó, reduciéndose todo ello á que el emperador se mostrara durante mucho tiempo disgustado con Metternich y dejara de asistir á los bailes que éste daba. Sin embargo el resultado final fué la división de Sajonia, con la cual estaba ya entonces conforme Alejandro, segun Metternich había deducido acertadamente de sus palabras. De modo que lo que este último había manifestado á Hardenberg no podía ser calificado de mala inteligencia ni de falsedad.

En su citada memoria de 15 de diciembre escribe cándidamente Talleyrand: «El Austria no calcula para Sajonia mas que una pérdida de 400,000 almas (4) y no podría ceder la alta Lusacia por los pasos de Gabel, que son la puerta para entrar en Bohemia. Allí penetraron los franceses en 1813. El emperador de Rusia consiente ahora en que subsista un reino de Sajonia que, como dice Czartoryski, será solo la mitad del actual.»

El día 16 de diciembre dirigió Hardenberg al emperador Alejandro una exposición detallada en la que se quejaba amargamente de la apostasía de Austria y volvía á recomendar eficazmente con las mismas razones de antes la anexión de

(1) *Corresp.*, pág. 179.  
(2) Metternich: *Papeles*, tomo I, pág. 326.  
(3) Metternich: *Papeles*, tomo I, pág. 327.  
(4) En la traducción alemana de la *Correspondencia de Talleyrand* se dice equivocadamente (pág. 162), 100,000.

toda la Sajonia (5). Realmente todo dependía entonces del emperador Alejandro, ó por mejor decir, éste estaba enteramente perdido para la causa prusiana. El czar no podía retractarse del tratado de 28 de setiembre ni tampoco dejarse sorprender en flagrante contradicción con la palabra empeñada, así es que en los escritos políticos de su gabinete se consignó íntegro el artículo referente á Sajonia; pero esto fué todo lo que hizo, pues desde que hubo terminado la lucha por la Polonia no dedicó atención alguna á la lucha por la Sajonia: Hardenberg dejó conocer el funesto cambio en su causa ocurrido, en el hecho de redoblar en su nota á Alejandro los ofrecimientos de compensación para el rey de Sajonia. Escribía, en efecto: «El rey había ofrecido á Munster, Paderborn y Corvey, con 350,000 almas, para dotar al monarca sajón. Mas por si esto no se considera bastante, el que suscribe ha recibido el encargo de ofrecer un territorio mucho mayor, de doble extensión, situado en la orilla izquierda del Rin que podrá abarcar una ciudad llena de encantos junto á este río y propia para servir de residencia: además, estando situado ese territorio en la frontera francesa, Francia y Prusia no serán vecinos fronterizos y Luxemburgo podrá ser una fortaleza de toda la Confederación alemana.»

Esta proposición era muy notable, pero lo fué mas todavía la suerte que le cupo. Antes de hablar de ella, sin embargo, reproduciremos los principales párrafos de la elocuentísima memoria, inédita aun, con que Hardenberg entró en esta última lucha con el fin de obtener para Prusia la anexión de toda la Sajonia y de confiar al rey de ésta la vigilancia del Rin. En contestación á la nota de Metternich de 10 de diciembre, escribió Hardenberg el día 29 del propio mes: «S. M. estima en mucho los sentimientos personales que S. I. M. apostólica ha querido reiterarle una vez mas por conducto de su alteza el príncipe Metternich. Objeto invariable de sus deseos es la mas completa unidad y la alianza mas íntima entre Austria y Prusia, pero cuanto mas penetrado de ellos se siente, tanto mas doloroso le ha sido encontrar en la carta de V. A. proposiciones que él no esperaba y que son esencialmente opuestas á los intereses de Prusia, poco apropiadas al sistema hasta ahora seguido, poco á propósito para fortalecer la concordia que entre ambos Estados desea su majestad, contrarias al bienestar de Sajonia, nada propias para satisfacer al antiguo soberano de ésta y á su familia y esencialmente distintas, por último, de todas las manifestaciones verbales y escritas anteriormente hechas por V. A. y en particular de las contenidas en vuestra carta de 22 de octubre. Estos son los principios que hay que llevar á la práctica. En virtud de los tratados existentes (6), Prusia tiene derecho á pedir su reposición en el ser y estado que tenía antes de 1805, pero no puede serle indiferente la situación del lote que se le asigne. No es simplemente la cifra de la población que entonces tenía la que debe serle restituida, sino que lo que necesita es un cuerpo de Estado (7) tan redondeado por lo menos como el que entonces poseía Prusia. Mas aun: Prusia tiene el mismo derecho que Rusia, Austria, Baviera, Holanda, Hannover y tantos otros Estados de Alemania á un aumento de territorio en relación al que poseía antes de 1805. Europa ha sido salvada á costa de la sangre y de los sacrificios de Prusia, gracias á los cuales han sido posibles todos esos engrandecimientos. ¡Quién podrá disputarle una parte proporcional de las ventajas conseguidas á consecuencia de nuestros triunfos! Pues bien, para pagar á Prusia lo que se le debe no hay mas medio que cederle todo

(5) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 531-535.  
(6) Véase anteriormente.  
(7) Esta expresión la encontramos en el artículo secreto del tratado de Breslau-Kalisch, de 23 de febrero de 1813.